Globethics Repository



¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte? [What do we mean when we talk about sport?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Alabarces, Pablo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-08 13:23:59
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219373

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril 1998, pp. 74-86.

¿De qué hablamos cuando hablamos de deporte?

Pablo Alabarces

Pablo Alabarces: profesor del Seminario de Cultura Popular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires; investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Conicet. Autor de ***Entre gatos y violadores. El rock nacional en la cultura argentina*** (1993) y de ***Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura*** (1996, en colaboración).

Nota: este trabajo se enmarca en una investigación financiada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires - Ubacyt.

Palabras clave: deporte, fútbol, cultura, ciencias sociales, Argentina.

Resumen:
El deporte moderno nace en Inglaterra a mediados del siglo pasado; se exporta a América Latina –con las políticas expansivas de los capitales ingleses– en el último tercio de la centuria. Hay que esperar un siglo para que las ciencias sociales latinoamericanas produzcan discursos explicativos e interpretativos, reconocidos institucionalmente, con el aval de las comunidades científicas. Hoy, el deporte invade todos los reductos de la cotidianeidad, transformándose en uno de los principales productores de identidades, constituyendo el mayor ritual secular de masas, produciendo la mayor facturación de la industria cultural. En ese panorama expansivo, de *deportivización* de nuestras sociedades, las ciencias sociales deben interrogar al fenómeno, tanto con vistas a producir saberes novedosos sobre un objeto cambiante y multiforme, como para colaborar en la gestación de políticas públicas específicas.

1 El deporte ha sufrido en América Latina una desatención paradójica por parte de sus ciencias sociales. Hoy, quizás porque la expansión de la esfera deportiva ha desbordado todos los límites tradicionales, parecemos asistir al fin de esa ceguera. La paradoja consiste en que, contrariando todas las tradiciones miméticas de nuestras culturas y de

nuestras prácticas académicas, el deporte se había constituido en objeto de estudio de las instituciones de los países centrales hace por lo menos dos décadas. Sin embargo, los clásicos efectos de transferencia que dominan nuestra producción de saber –según las cuales aquello digno de ser estudiado en Europa merece inmediatamente su aclimatación– no surtieron, en este caso, el mismo efecto. Por el contrario: hasta fechas muy recientes el deporte permaneció obturado como posibilidad de discurso letrado, a excepción de la narrativa ficcional –con cierta parvedad–, del costumbrismo y del periodismo especializado. En este último caso, inversamente, el desborde productivo apunta hacia la saturación.

Las razones para ese bloqueo inicial –aunque prolongado: cien años– son múltiples. El deporte latinoamericano integró durante todo este tiempo un lote cada vez más reducido de prácticas culturales cuya puesta en objeto parecía prohibida. Las ciencias sociales del continente, atentas por principio a las diferentes maneras en que se estructuran la sociabilidad y la subjetividad, las identidades y las memorias, no constituyeron hasta tiempos muy recientes saberes especializados sobre estas prácticas. En el caso argentino –más cercano a nuestra propia producción, y que servirá continuamente de ejemplo– operó una causa primera: justamente, el peso del deporte –principalmente el fútbol– en la constitución de la identidad y la subjetividad. El deporte se sobreimprime a situaciones identitarias claves: la socialización infantil, la definición de género –la masculinidad–, la conversación cotidiana, la constitución de colectivos. Situaciones que involucran al propio observador, que recorren su cotidianeidad. Frente a esta mixtura, la lectura del intelectual tendió únicamente a dos salidas: la exasperación de la distancia, hasta superar los límites del silencio, o la asunción de la imposibilidad de esa distancia, hasta suprimirla por completo. Los límites entre el amor incondicional –y acrítico– y el rechazo exasperado se señalaron en la frontera que separa la ingenuidad del prejuicio[1].

Ese prejuicio tuvo nombre: el fantasma que recorre la academia, el populismo. Por su peso en la historia política, económica, cultural y social argentina, el populismo funcionó en este caso particular como una especie de marca distintiva. Como un presupuesto: un objeto de las dimensiones –no solo en un sentido cuantitativo– del deporte, del fútbol, sólo podía leerse con una mirada populista; por ello, cualquier tipo de mirada que se utilizara fue tildada antes de construirse. En tanto la incorporación al repertorio de visibilidad de objetos y prácticas consideradas ***inferiores***, desplazadas por la economía axiológica del campo (los géneros de la industria cultural, las prácticas político-culturales de las clases populares urbanas, los rituales masivos, los

[1] Para ampliar, ver Alabarces y Rodríguez.

repertorios del ocio, entre otros) había sido producida desde el populismo cultural, en el campo más vasto de la lucha política de los 60, en los senderos abiertos por el gramscismo y la sustancialización de los actores populares, se creyó –se afirmó– la imposibilidad de construir saber fuera de esa matriz. Y en consecuencia, el objeto permaneció obturado[2]. Más precisamente: sin constituirse.

Otra paradoja: si la única mirada posible era populista, se calificó imaginariamente una condición de posibilidad, una gramática, pero jamás un discurso. Cuando Sebreli intenta descalificar las aproximaciones populistas al fútbol hasta 1981 (el momento de su ***Fútbol y masas***), sólo puede citar fragmentos de poemas o relatos, crónicas periodísticas, alguna metáfora perdida en el campo de batalla («el alma está en orsay / che bandoneón»). Si ***La cultura popular del peronismo*** (1973) es un clímax de la efervescencia populista, el deporte estará expurgado. Si ***Medios de comunicación y cultura popular*** (1985) es la recopilación más importante que esta matriz del análisis cultural produjera en la crítica argentina, el fútbol no ocupa ninguno de sus capítulos. Fortuna de la que sí gozan el tango, la historieta, el melodrama, el radioteatro, la prensa popular, el cine de masas. ***No hay producción sobre el fútbol en la Argentina***: el fantasma –¿el estigma?– del mote parece clausurar el discurso; y desplazarlo a la charla de café –que, aunque próxima, no puede calificarse de sede académica– o, nuevamente, al costumbrismo. En el Río de la Plata, Fontanarrosa, Galeano, Soriano, Dolina, Sasturain: en la narrativa antes que en el ensayo, o en la ficción memorialista sentimental antes que en la historia. Aun en el populismo de izquierda: las condiciones de producción, circulación y reconocimiento de Galeano no son académicas (Galeano); cuando Sasturain trabaja «monográficamente» el objeto, lo desplaza hacia el humor y la observación border (Sasturain).

Dos

Si la crisis del populismo argentino y latinoamericano, como proyecto político y como punto de vista para el análisis cultural[3], ha permitido la aparición en sede académica de estos estudios, el ejemplo de lo ocurrido con otros objetos de la serie nombrada debiera servir como

[2] Exceptuando, por supuesto, los trabajos fundacionales de E. Archetti (1985; 1992; 1994; 1995; 1996; 1997). Pero hasta tiempos más recientes, en que este panorama parece tender a revertirse, la circulación de los textos de Archetti fue muy limitada: su trabajo se desarrolló prácticamente por completo en el exterior, a excepción de dos artículos publicados en 1985. Hay que esperar hasta hoy para percibir una circulación mayor de sus hipótesis, una aceptación legítima de un discurso ahora legítimo.

[3] Punto de vista, y no paradigma; el populismo fue un lugar desde donde mirar, pero jamás se construyó como paradigma completo. Antes bien: fue una etiqueta demasiado fácil, y demasiado fácilmente aplicada.

advertencia de sus peligros. Un primer riesgo: si el deporte constituye un objeto de primer orden en la vida cotidiana, se encuentra permanentemente expuesto a la banalización. Las prácticas culturales masivas, justamente por su carácter de masivas y cotidianas, necesitan una mirada fuertemente crítica y distanciada (lo que no significa apocalipticismo), so pena de enredarse en los pliegues de un discurso cálido: pasar de discutir la crisis de las representaciones nacionales a los avatares de la selección nacional de fútbol es una derivación, aunque indeseada, frecuente. Un riesgo consecuente: la producción de banalidades (después de todo, la discusión deportiva cotidiana brinda uno de los mejores repertorios del lugar común y la obviedad disfrazada de sabiduría). Y un riesgo que ha afectado a otros estudios sobre otros objetos: desatender las transformaciones en tiempo real que sufre la cultura latinoamericana, con la constante y avasallante captación que las industrias culturales producen sobre todos los repertorios, prácticas y gestualidades. Y allí, en ese dejar de mirar la totalidad del sistema cultural por una dedicación obsesiva a esa práctica finalmente liberada de las garras de la oclusión epistemológica, se puede no reconocer los signos del cambio. Si la telenovela latinoamericana –ejemplo alto– pudo ser reivindicada como la práctica perdida, fue porque habilitaba a leer lo popular desplazado o silenciado (especialmente, Martín Barbero). Pero seguir pensando la telenovela hoy en esos mismos términos, implica desconocer la fenomenal captación que la industria cultural produjo del género, desactivando minuciosamente su productividad de sentidos, transformándolo en un híbrido sin mayores consecuencias ni conflictos donde lo popular ya no puede ser leído excepto como expulsión. Algo así podría pasar con el deporte.

Tres

Además de la crisis de la amenaza populista, hay otro dato que autoriza la invención del campo de los estudios sociales del deporte: su exceso. Nunca como hasta ahora el deporte había inundado el conjunto de superficies discursivas: televisivas, radiales y gráficas, la conversación cotidiana y los grafitis. Asistimos a una suerte de ***deportivización*** de la agenda cotidiana –que en la mayoría de los casos se naturaliza como ***futbolización***–, según la cual todo debe ser discutido en términos deportivos. Esto, que podría sonar a queja elitista, ha perdido referencia de clase: el deporte se instituye en nuestras sociedades como práctica privilegiada de lo ***elementalmente humano***, lugar donde la diferencia desaparece, el mundo se reconcilia y el conflicto cede para permitir gritar los goles de Salas o Batistuta.

El deporte es hoy la principal mercancía masmediática, el género de mayor facturación de la industria cultural, el espectáculo de mayor audiencia de la historia de la televisión galáctica. Y en ese panorama, se

instituye en fenómeno doblemente peligroso: porque por un lado escamotea una vez más la desigualdad –ahora a nivel global: el deporte es un ejemplo privilegiado de la mundialización de la cultura–; y por el otro repone una diferencia nacional como forma vicaria del enfrentamiento. Si las relaciones internacionales son ahora supuestamente horizontales, globalizadas, las competencias deportivas internacionales falsean la continuidad imaginaria de una diferencia y la discusión ilusoria de un estatus planetario. Con riesgos de nacionalismos y épicas chauvinistas a un paso.

Más: en su exceso, el deporte desplaza al interior de cada sociedad toda forma clásica de constitución de sujetos para transformarse en única ideología en el sentido althusseriano. Expansivo, imperialista, el deporte conquista todos los territorios: inclusive el género. Si en el caso argentino, y nuevamente debemos hablar de fútbol, organizaba el imaginario masculino, hoy tiende a expandir sus universos de representación para incorporar a la mujer. Y cada vez más públicos construyen, en su interior, una de las pocas formas visibles de identidad que sobreviven en la escena contemporánea; otra –nuevamente, una práctica cultural de masas– es el rock. Ese exceso deportivista se apoya en una debilidad previa, ampliamente trabajada por las ciencias sociales: la crisis de los relatos clásicos que constituían sujetos en el mundo moderno, unida al retiro del Estado, que abandona la producción de discursos unitarios y condena a sus sociedades a reiterarse en sus fragmentos, o a intentar angustiosamente reponer una totalidad escamoteada. Nuevamente el deporte: su productividad significativa le permite tanto relevar una totalidad falaz –según la cual un seleccionado nacional de fútbol, béisbol, básquet o atletismo designa metonímicamente a la nación toda–, como regodearse en los infinitos fragmentos de las identidades regionales, locales, vecinales. Y en ese pequeño relato disipar, alienadamente, todo conflicto.

Exceso, productividad y ambigüedad: la deportivización contemporánea exhibe, desenfrenadamente, la relación del deporte con la esfera política. Y esa pregnancia del balón lleva a lecturas simplistas por parte de actores encontrados: el político que cree asegurar su éxito en la abundancia de goles, el crítico que señala esa misma causalidad suponiendo alienaciones en masa. Sin embargo: ya en esa puesta en escena gigantesca del uso político del deporte que fueran los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 puede leerse la fluctuación –que va del desfile nazi y la militarización, a la «resistencia por colocación» del atleta negro Jesse Owens o del seleccionado peruano de fútbol. Y así sigue la serie: el festejo brasileño en 1970 por el Mundial de México –inversión carnavalesca de la jerarquía según Vogel, manipulación masiva según Brohm–; las olimpíadas de México 68 y el ocultamiento de la masacre de Tlatelolco, pero también el puño enguantado y el black power de los

atletas norteamericanos; la utilización del Mundial 78 por la dictadura argentina como garantía de legitimación, pero a la vez la recuperación de la calle como espacio de manifestación popular bajo el estado de sitio[4]. Estas fluctuaciones dependen de posiciones teóricas y consecuentes apuestas interpretativas; pero señalan, ampliamente, un juego de posibilidades no excluyentes. Por lo menos, puede afirmarse una cosa: no hay relación de causalidad demostrada entre un hecho deportivo y un comportamiento político. Aunque la posibilidad de la politización de los comportamientos de los públicos está siempre latente, como en todo ritual de masas. Lo que agrega mayor necesidad a nuestro estudio.

Cuatro

Podemos sostener a la vez, entonces, la eficacia del deporte para cumplir con sus roles –los tradicionales, los propios, los ajenos y los agregados– y la necesidad de producir una lectura analítica con las herramientas a nuestra disposición. Trataremos de sintetizar una agenda –breve, y seguramente con olvidos– de lo que las disciplinas sociales pueden aprehender en este objeto.

El deporte, además de iluminar simultáneamente mecanismos relativamente autónomos –constitución de identidades, el papel de la memoria, las relaciones entre saberes corporales y letrados, el rol de los medios masivos en las sociedades modernas, para citar sólo algunos–, permite analizar la interacción que se genera entre formaciones culturales que preexisten a su tratamiento mediático –y que se deslizan por sus intersticios– y el poderoso accionar de la industria cultural, que encuentra en el deporte un mercado tan extendido que hasta le permite experimentar privilegiadamente en este campo la incorporación de tecnologías y formas de comercialización novedosas –satélite, televisión codificada, ***pay for view***, etc. Y en ese cruce reside su interés.

El deporte puede ser visto como cultura: porque recorre formaciones donde se articulan sentidos sociales, en distintos soportes, interpelando una diversidad de sujetos; de manera plural, polisémica, hasta contradictoria. Porque, trabajando con nociones que los estudios culturales han instalado fructíferamente –ritual, puesta en escena, simulacro–, el deporte puede ser leído, en su multidimensionalidad, como uno de los escenarios privilegiados para atisbar las representaciones que una sociedad hace de sí para sí misma, para interpretar –en el sentido ***denso*** que propone Geertz– el complejo cúmulo

[4] Hasta hoy, no ha sido convenientemente explorado el estudio de los comportamientos de las hinchadas futbolísticas argentinas en los últimos tramos de la dictadura 76-83. Creemos que, junto a los movimientos de derechos humanos y los recitales de rock, el fútbol constituía un espacio donde desplegar una contestación simbólica.

de negociaciones de estatus y jerarquías que el universo deportivo espectacularíza, para comprender las razones que otorgan fuerza simbólica a su repertorio identificatorio, para buscar –de manera sesgada, oblicua, utópica– las formas en que ese mismo escenario permite no sólo la puesta en escena de ***lo que se es***; también la simulación de ***lo que se quiere ser / hacer***. De manera privilegiada, por su centralidad metafórica, su convocatoria renovada, su persistencia identificatoria[5].

Pero también nos remite necesariamente a ***la puesta en escena del cuerpo***, como significante y como lugar conflictivo en la disputa cultural entre saberes. Bourdieu lee en el privilegio de las actividades corporales por parte de las clases populares, la acumulación de características y disposiciones clásicas de estos sectores: una relación instrumental con el cuerpo que los lleva a preferir los deportes de enfrentamiento corporal, sumado al culto por la virilidad, la exhibición de la resistencia a la fatiga y al dolor, la solidaridad y la fiesta de la práctica deportiva colectiva. Y esta suma de elementos suele ser objeto, por parte de las clases dominantes, de una inversi***ón ética y estética: sólo sirven para eso***. El reconocimiento se transforma en distinción negativa: afirmar el lugar de lo corporal para las clases populares suele implicar, desde la perspectiva ***letrada***, la reserva de los saberes intelectuales para aquellos capacitados para administrarlos.

Este mecanismo de exclusión puede ejercitarse de maneras muy variadas[6]. Para simplificar: la asunción por parte de los Estados nacionales finiseculares de la escritura como único soporte del saber implica el desplazamiento de los saberes corporales al archivo. El cuerpo se obtura como significante: por la doble represión que sobre él ejercen el juego de legitimación de la ***letra*** y la censura de lo sexual.

Frente a ello, en el mercado simbólico sólo queda para los desplazados una afirmación positiva: la reivindicación de las estrategias corporales como mecanismo de disputa, como capital para el intercambio. El cuerpo se asume no sólo como ***fuerza***: se asume principalmente como ***habilidad***, como lugar de la ***creatividad***, donde las formas no verbales adquieren mayor esteticidad que las lingüísticas –bloqueadas por la apropiación desigual de los capitales escolares. Frente a la hipótesis de Bourdieu del capital simbólico, la puesta en escena de lo corporal reinstala la ***pluralidad de capitales***. La distinción, entonces, puede invertirse en positiva***.*** Y la afirmación no se limita al deporte: se extiende

[5] La concepción del fútbol como arena (referencia a su teatralidad, y a su condición de escenario) puede verse especialmente en las aproximaciones antropológicas. Entre las principales: Archetti (1985; 1992); Bromberger; Portelli; Lanfranchi (1992).
[6] Véase Ford.

hacia el baile o la eroticidad[7].

Pero por otra parte, en la escena cultural contemporánea podemos afirmar que la asignación restringida del espectáculo deportivo a las clases populares carece de precisión: el deporte –y muy especialmente el fútbol– aparece como formante universal de una cultura masculina, casi como una función fáctica en el sentido jakobsoniano[8]. Desde esa perspectiva, esta línea de trabajo exige su recolocación en un escenario múltiple, que abarca tanto la redelimitación de la categoría ***sectores populares*** como la reconsideración de la economía de intercambios simbólicos en una sociedad que ha transformado su habitual jerarquía de saberes. El privilegio de lo corporal no puede ser ceñido a las clases populares; hoy se debe pensar los usos diferenciales y distintivos de los variados ***cuerpos sociales***.

Cinco

El deporte es también juego. O ha sido juego, u originalmente lo fue. ¿Y ya no lo es? Queremos introducir la reflexión sobre la dimensión lúdica de la cultura. No sólo como entretenimiento: en los estudios culturales, no es redundante insistir en la legitimidad del espacio de ***escape***, de las posibilidades de ***fuga*** de lo económico-productivo; insistir en la necesidad de leer a los actores culturales en la ***gratuidad*** de ciertos gestos y prácticas. Igualmente rica es la relación entre lo lúdico y la ***creatividad***: el juego, lugar indispensable de la cultura, espacio transicional (en términos de Winnicott) entre el yo y el ***no-yo***, entre el individuo y la realidad que sólo pretende de él una sujeción a normas e instituciones regladas, aparece como la geografía donde la creatividad ejercita la fantasía, la transgresión, la solidaridad, los valores que el tiempo de la historia y la mercancía parece haber suprimido.

La bibliografía sobre los fenómenos lúdicos señala que la introducción de la profesionalización (es decir, el utilitarismo, la conversión del juego en mercancía) desplaza al deporte del espacio del juego, si es que esta geografía se caracteriza especialmente por su marca de libertad, falta de utilidad, gratuidad. Exceso, supresión de lo económico. Desde esta mirada, nada más lejano a lo lúdico que el deporte masivo. Pero desde nuestra postulación, entendemos que a pesar de la mercantilización, el deporte conserva un ***plus de sentido*** donde se refugia el espíritu lúdico,

---

[7] Cfr. Alabarces (1993): la constitución del rock como género musical y cultural autónomo implica la puesta en escena de este conflicto en la apropiación que Elvis Presley hace de la sexualidad negra. Pero también habría una posible lectura contradictoria a esta tesitura: un nuevo mapa de lo corporal en la escena contemporánea que desplace eroticidad por histeria.

[8] Ver especialmente, sobre este punto, Bromberger. La discusión sobre la relación entre fútbol y culturas populares está desarrollada en Alabarces (1997).

como lugar de la creatividad, de la ***gambeta*** a la regla y la jerarquía.

Así, debe permanecer entre nuestras hipótesis la consideración del juego como zona de escape del tiempo histórico-económico, y por ende de los mecanismos productivos; en el mismo sentido, la aparición del ***azar*** como variable pertinente y no expulsable, especialmente en el contexto de un deporte situacional que exige la resolución inmediata de contingencias donde la aleatoriedad no es un componente menor. Como señalamos anteriormente, es necesario repensar la noción de ***entretenimiento*** y de ***evasión***, a partir de su lastre peyorativo. Aunque el deporte admite lecturas inclusive políticas (al mirarlo como dramatización), reintroducir la problemática lúdica no implica empobrecer el fenómeno. Dicho de otro modo: en la cultura también existen zonas de ***exceso***, inclasificables, que ***no sirven para nada*** sino significar.

Pero también el espacio lúdico puede ser reivindicado como lugar privilegiado de la creatividad (nuevamente Winnicott, aunque de manera más vaga ya está en Huizinga). Y el deporte parece constituir uno de los lugares predilectos donde ciertos sectores realizan la ligazón señalada.

Por último, esta línea propone la reflexión en torno de la tensión que indicamos más arriba. Si la aparición de la mercantilización desplaza definitivamente lo lúdico, el deporte debe dejar de ser llamado juego. Y sin embargo, es nuestra hipótesis que la dimensión lúdica reaparece en los intersticios de la mercancía, en la improvisación permanente que el deporte exige a sus practicantes. Especialmente, saliendo del ámbito de su práctica institucional, el juego se instalaría en los espacios donde sujetos no profesionalizados persisten en ejercitarlo, en el tiempo libre, fuera de la economía y muy cerca del deseo. Nuestro propio trabajo de análisis sobre los medios masivos en el espectáculo deportivo ha tendido a caracterizar la puesta en escena masmediática del deporte como representación de esta tensión entre maximización de la ganancia e imprevisibilidad, tensión en la que los actores encuentran campo abierto para la inscripción de nuevos juegos de sentido (Alabarces 1998). Si la oposición básica que estructura la cultura deportiva es un nosotros/ellos –una parcialidad versus otra/s–, el lugar del Otro suele ser ocupado por las industrias culturales, percibidas como enemigos, como emblemas de la intromisión del capitalismo. En este territorio analítico, el espectáculo masmediático supone la imposición de regulación y pre-visibilidad, lo que colisiona con una lógica donde el azar resulta componente fundamental[9].

Asimismo, la relación de los espectadores con el espectáculo deportivo –especialmente el futbolístico– constituye una zona de

[9] Ver especialmente Portelli y su análisis en términos de la «cultura de la pobreza».

interacción novedosa: los sujetos participan de una acción doble, actor / espectador, donde la participación en el estadio supone una forma de intervención fuerte, que imaginariamente decide la suerte del juego (Portelli). Así, la colocación respecto del espectáculo masmediatizado resulta original, ya que evade toda posibilidad de pasividad y transforma, incluso, las narrativas puestas en juego[10].

Seis

Los fenómenos de violencia relacionados con el deporte han sido objeto de una escasa atención en la Argentina y América Latina, si entendemos ***atención*** como mirada especializada, como la construcción de un saber de estatuto fuerte. La violencia en el deporte ha sido transitada por una masa de discursos, periodísticos y políticos, que no se apartan de interpretaciones de tono estigmatizador y esquemático: los «violentos» son sistemáticamente jóvenes, «inadaptados», operan bajo la influencia de sustancias alteradoras de conciencia (drogas y alcohol), y su acción es reducida a la aparición imprevisible de agentes que deben ser excluidos –del estadio y de la sociedad. Si por un lado este repertorio de banalidades señala cierta mediocrización del debate público, también indica la ausencia de una producción en sede académica que permita la intervención en la esfera pública.

La violencia en el deporte nos remite a la persistencia de una práctica que atraviesa la vida cotidiana, la política y la economía. Con formas más complejas y menos reconocibles que la política represiva de las dictaduras: fundamentalmente, la persistencia y agravamiento de esa forma máxima de la violencia social que es la exclusión, la expulsión del mercado laboral y del consumo, la privación de salud y educación. En ese marco, la violencia en el deporte señala en muchas direcciones simultáneamente. Indica la persistencia de «grupos de tareas» hoy reconvertidos en «barras bravas», con la complicidad –por acción u omisión– de buena parte de la dirigencia deportiva. Indica el racismo y la discriminación de un discurso periodístico, que refugia su falta de respuestas en el lugar común. E indica también la desesperación de núcleos importantes de jóvenes de las clases populares, que encuentran en la violencia el único gesto que les otorgue visibilidad: olvidados de la mano del Estado, con todos los caminos clausurados –presentes y futuros–, entienden que la única forma de hacerse ver es cosechando centímetros de prensa y minutos de televisión. La presencia importantísima del deporte en el espectáculo de los medios masivos –y esto se ha señalado también en los países europeos–[11] les garantiza su

[10] Ver un primer desarrollo teórico en Alabarces y Rodríguez. Un segundo momento del análisis está en Alabarces, 1998. Un reciente trabajo de recolección de entrevistas etnográficas confirma de manera fuerte estas hipótesis.

[11] Ver especialmente Mignon, respecto de la hipótesis de la visibilidad, y Dal Lago y

aparición, la puesta en escena de su existencia: aparición contradictoria, por cierto, que en el mismo momento que reclama un espacio sólo obtiene una nueva condena.

La observación de los fenómenos de violencia contemporáneos, y el estudio de sus antecedentes históricos, permite observar que es posible una clasificación que discrimine distintos tipos de prácticas y permita comenzar un proceso de asignación de causalidades y sentidos. Básicamente, la violencia relacionada con el deporte puede ordenarse en: acciones organizadas y protagonizadas por barras bravas; enfrentamientos clásicos entre rivales por la disputa de una supremacía simbólica; reacción frente a una «injusticia» deportiva que suponga la reposición imaginaria de un estado de justicia ideal; acciones producidas por –o en respuesta a– la violencia policial; acciones producidas por agentes derivados de la privatización del monopolio estatal legítimo de la violencia (seguridad privada, ciudadanos armados, etc.); acciones violentas que sólo poseen relación geográfica con el espectáculo deportivo, pero que no hallan en él ningún principio de causalidad; acciones de sujetos patologizados.

Esta clasificación exige comprobación con nueva empiria, pero también precisa una etapa de investigación que dé cuenta de los sentidos que los actores otorgan a las prácticas de violencia. Nuestros primeros datos hablan de sentidos múltiples, que van desde posiciones que politizan este tipo de acciones hasta la construcción de colectivos que se afirman en el contacto corporal y la experiencia compartida del enfrentamiento –fundada en la retórica del ***aguante***.

Asimismo, esta doble polivalencia –del tipo de acción y de sus sentidos– exige que el diseño de políticas atienda al entramado complejo en que la violencia se desarrolla –camino que la experiencia europea ha seguido con cierto éxito–, y no reduzca la acción pública a la práctica represiva y capilar, como ciertas propuestas que leen demasiado rápidamente las estrategias británicas parecen anunciar[12]. Allí reside, asimismo, un nuevo riesgo académico: producir un saber funcional a las políticas panópticas, como la primera sociología del deporte británica[13].

Moscati, en torno de la reaparición del concepto de clases peligrosas en las sociedades posindustriales.

[12] La adjudicación de esta esfera problemática a la órbita de la Secretaría de Seguridad del Poder Ejecutivo argentino parece indicar esta tendencia. Las primeras declaraciones hablan de la instalación de cámaras filmadoras (la vieja ilusión panóptica), de la personalización de la represión, de la supresión de las tribunas populares, etc.

[13] Ver especialmente el relato y análisis de Armstrong y Giulianotti.

Siete

Esta agenda de estudios es por supuesto provisoria, y especialmente anclada en la experiencia de trabajo personal. Por ejemplo: no incluye la historia, a pesar de que hay una importante serie de trabajos que reponen la mirada y la metodología histórica, y agregan permanentemente saberes relevantes a nuestro campo (pienso especialmente en los textos de Arbena o Frydenberg). Pero lo fundamental es ubicar esos estudios en un contexto de totalidad. Si sostuvimos que el deporte escamotea esa totalidad, reponiendo un contexto limitado al estadio o a los avatares de una pelota –y sus minucias cotidianas–, nuestros estudios no pueden cometer ese mismo error. Pienso con Mangone (y con el espectro de Bourdieu que allí habita) que

> Del mecanicismo poco dialéctico presente en la denuncia del uso político–alienante del deporte profesional se ha pasado al análisis fragmentado de las prácticas sin advertir la realidad social que las incluye. … Un diseño de investigación social y cultural debe recuperar una mirada jerarquizadora de los valores que ubique la práctica en un conjunto de prácticas y en correlación social con otras series, con los niveles de integración, con el nuevo lugar del tiempo libre en épocas de desocupación, con el nuevo protagonista de las clases sociales, el subconsumo de los deportes profesionales de las clases populares y el nuevo consumo simbólico de los deportes masivos por parte de la clase media, advertir en este caso una fuerte identificación entre medios, deporte profesional y clase media (Mangone).

En ese camino, reponer la complejidad del campo y la totalidad en la que se recorta exige evitar el fragmentarismo que acecha a las ciencias sociales. El deporte, dijimos, amenaza con ser un ejemplo privilegiado de la función fática jakobsoniana. Los estudios sociales del deporte pueden constituir, a su vez, una nueva faticidad; esta vez, académica.

Referencias

Alabarces, P.: ***Entre gatos y violadores. El rock nacional en la cultura argentina***, Colihue, Buenos Aires, 1993.

Alabarces, P.: «¿De la heteronomía a la continuidad? Las culturas populares en el espectáculo futbolístico» en ***Punto de Vista*** Nº 57, Buenos Aires, 4/1997.

Alabarces, P.: «Fútbol y televisión en la Argentina: del juego al género dramático» en ***Contratexto*** Nº 12, Universidad de Lima, 1998 (en prensa).

Alabarces, P. y M.G. Rodríguez: ***Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura***, Atuel, Buenos Aires, 1996.

Alabarces, P. y M.G. Rodríguez: «Football and fatherland: the crisis of national representation in Argentinean soccer» en ***Culture, Sport, Society: an interdisciplinary journal***, Frank Cass, Londres, 1998 (en prensa).

Archetti, E.: ***Fútbol y ethos***, Flacso, Buenos Aires, 1985.

Archetti, E.: «Calcio: un rituale di violenza?» en P. Lanfranchi (ed.): ***Il calcio e il suo pubblico***, Edizione Scientifiche Italiane, Nápoles, 1992.

Archetti, E.: «Argentina and the World Cup: in search of National Identity» en John Sugden y Alan Tomlinson (eds.): ***Hosts and Champions. Soccer Cultures,***

National Identities and the USA World Cup, Aldershot/Arena, Vermont, Ashgate, 1994.

Archetti, E.: «Estilo y virtudes masculinas en ***El Gráfico***: la creación de imaginario del fútbol argentino» en ***Desarrollo Económico*** vol. 35 Nº 139, 10-12/1995, Buenos Aires.

Archetti, E.: «The ***Potrero*** and the ***Pibe***: Territory and Belonging in the Mythical Account of Argentinean Football» (en este mimeo), 1996.

Archetti, E.: «'And Give Joy to my Heart': Ideology and Emotions in the Argentinean Cult of Maradona» en G. Armstrong y R. Giulianotti (eds.): ***Entering the Field. New Perspectives on World Football***, Berg, Oxford, 1997.

Armstrong, G. y R. Giulianotti: «Introduction: Reclaiming the Game - An Introduction to the Anthropology of Football» en G. Armstrong y R. Giulianotti, (eds.): ob. cit.

Arbena, J.: «Nationalism and Sport in Latin America, 1850-1990: The Paradox of Promoting and Performing 'European' Sports» en J.A. Mangan (ed.): ***Tribal Identities. Nationalism, Europe, Sport***, Frank Cass, Londres, 1996.

Bourdieu, Pierre: «Programa para una sociología del deporte» en ***Cosas dichas***, Gedisa, Buenos Aires, 1988.

Brohm, Jean-Marie: ***Sociología política del deporte***, FCE, México, 1982.

Bromberger, C. (con Alain Hayot y Jean-Marc Mariottini): «'Allez l'O.M., forza Juve': The passion for football in Marseille and Turin» en S. Redhead (ed.): ***The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe***, Aldershot, Ashgate, 1993.

Dal Lago, Alessandro y Roberto Moscati: ***Regalateci un sogno. Mito e realtà del tifo calcistico in Italia***, Bompiani, Milán, 1992.

Ford, Aníbal: ***Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis***, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

Ford, A., J. Rivera y E. Romano.: ***Medios de comunicación y cultura popular***, Legasa, Buenos Aires, 1985.

Frydenberg, J.: «Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires, 1900-1910» en ***Entrepasados. Revista de Historia*** VI/12, Buenos Aires, 1997, pp. 7-30.

Galeano, Eduardo: ***El fútbol, a sol y sombra***, Catálogos, Buenos Aires, 1995.

Geertz, Clifford: ***La interpretación de las culturas***, Gedisa, México, 1987.

Huizinga, Johann: ***Homo Ludens***, Emecé, Buenos Aires, 1961.

Mangone, Carlos: «Periodismo deportivo: la minucia cotidiana como determinación del campo» en P. Alabarces et al (eds.): ***Deporte y sociedad***, Instituto de Investigaciones Gino Germani - CBC, Buenos Aires, 1998 (en prensa).

Martín-Barbero, Jesús: ***De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía***, Felafacs-Gili, México, 1987.

Mignon, P.: «La societe francese e il calcio» en Pietro Lanfranchi (ed.): ***Il calcio e il suo pubblico***, Edizione Scientifiche Italiane, Nápoles, 1992.

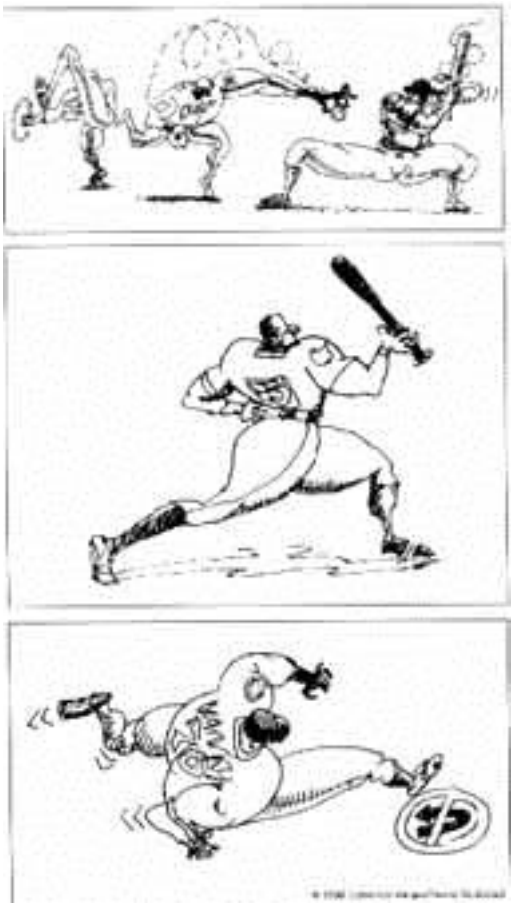
Portelli, A.: «The Rich and the Poor in the Culture of Football» en Readhead, ob. cit.

Sasturain, Juan: ***El día del arquero***, De la Flor, Buenos Aires, 1987.

Sebreli, Juan José: ***Fútbol y masas***, Galerna, Buenos Aires, 1981.

Winnnicott, Donald W.: ***Realidad y juego***, Gedisa, Buenos Aires, 1988.

Vogel, Arno: «O momento feliz. Reflexôes sobre o futebol e o ethos nacional», en AAVV: ***O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira***, Pinakotheke, Río de Janeiro, 1982.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista